

Diorama de Antonio Santos para *Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga.

NARRATIVA

Cuentos para siempre

Hace un siglo, Horacio Quiroga renovó el cuento latinoamericano con relatos ambientados en la selva

POR TEREIXA CONSTENLA

La obra de Horacio Quiroga (Salto, Uruguay, 1878-Buenos Aires, 1937) ha tenido mejor vida que su autor. Hace 100 años se publicaron sus *Cuentos de la selva* y se ganó una popularidad que no bastó para apaciguar sus días. Tampoco para despertar el reconocimiento unánime de las siguientes generaciones literarias. "Horacio Quiroga es en realidad una superstición uruguaya". No fue la única frase envenenada que Borges le dedicó. También dijo que todos sus cuentos ya habían sido escritos antes y mejor por Poe o Kipling.

Pero hay criterio más allá de Borges. En 1987, con motivo de un homenaje celebrado en Madrid por el cincuentenario de su muerte, Juan Carlos Onetti izó su bandera. Edificó su obra, afirmó, "con cuentos tremendos escritos sin tremendismo, con cuentos para niños inteligentes que delatan una escondida y rebelde ternura" y —eso sí— "con un par de mediocres novelas que confirman su insincero aserto de que una novela es solo un cuento alargado".

Desde su muerte en 1937, la obra de Quiroga, que también escribió poesía y teatro, ha revivido en reediciones, adaptaciones al cine e incluso al cómic. Una superstición uruguaya, retomando a Borges, longeva y sólida. Ahora el centenario de *Cuentos de la selva* ha propiciado una versión acompañada por 42 dioramas del ilustrador Antonio Santos (Huesca, 1955). Inspirados en los fabulosos animales de la espesura sudamericana, que atrapó a Quiroga desde que la descubrió en junio de 1903 en el curso de una expedición capitaneada por el poeta Leopoldo Lugones para investigar las ruinas de las misiones jesuíticas, los relatos mantienen su vigencia un siglo después. El mundo ha cambiado mucho. Pero no tanto como para que las fábulas sobre la solidaridad, la venganza o la amistad hayan perdido fuerza.

En el libro conviven historias de enemistad entre humanos y animales

(La guerra de los yacarés', por ejemplo) con relatos sobre alianzas frente a un enemigo común. En 'El paso del Yabebiri', las rayas de agua dulce conspiran para proteger del ataque de los tigres a un hombre malherido con el que mantienen una deuda de gratitud. A menudo los protagonistas, ya sean humanos, coatíes o abejas, son individuos solitarios, que van por libre, espíritus anarcoides que se apartan de comunidades a veces tan rígidas como una colmena.

Libertarios como el propio Quiroga, que incluso murió cuando y como quiso. En 1937 le diagnosticaron un cáncer en un hospital de Buenos Aires. "Mostró la malsana curiosidad de enterarse de la gravedad de su dolencia. Y obtuvo sonrisas, optimismo, circunloquios, engaños mal disfrazados. Quiroga supo que la operación proyectada era una simple y dolorosa postergación de la muerte", recordaría Onetti años después.

El escritor dejó el hospital de noche para comprar cianuro y regresó para suicidarse. También vivió contra la convención. Después de conocer a Rubén Darío durante una corta estancia en París —llegó rico y partió pobre—, abandonó el modernismo y abrazó casi a un tiempo la selva y las narraciones breves. En aquel mundo al margen de los círculos conocidos montó su casa y afrontó horas difíciles como algunas ruinas económicas o el suicidio de su primera esposa, Ana María Cirés. Allí también creó algunas piezas originales, que van de las atmósferas góticas ('El almohadón de plumas' al realismo social ('Los mensú': una descripción de la esclavitud laboral en la selva), recogidas en *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917). Con los relatos situados en Misiones; ya fuesen para niños, como esta edición, o para adultos, Horacio Quiroga fundó una nueva estirpe de cuentistas latinoamericanos.

Cuentos de la selva

Horacio Quiroga. Ilustrado por Antonio Santos. Nórdica, 2017
144 páginas. 25 euros

POESÍA

Versos en órbita

POR LUIS BAGUÉ QUÍLEZ

Desde que hace más de una década se presentara como "nieta de la ira", Ben Clark ha ido forjando una voz caracterizada por el desarraigo existencial, la ironía irreverente y una afortunada mezcla de contención reflexiva y desbordamiento pasional. Al igual que ocurría en su anterior libro, *Los últimos perros de Shackleton*, *La policía celeste* (XXX Premio Loevey) se basa en hechos reales: la fundación de la sociedad astronómica del mismo nombre y el descubrimiento en 1301 del planeta enano Ceres, bautizado así en honor "a la diosa romana que enseñó a los mortales el arte de cultivar la tierra". No obstante, lejos de cantar la gesta galáctica, ese trasfondo científico funciona como una alegoría que le permite al autor indagar en la constelación familiar y en el agujero negro de la identidad. Tres poemas dan testimonio de la perspectiva adoptada: "Correspondencia", que discrimina entre la gente que quiere viajar a Marte y la que prefiere seguir con los pies en la Tierra; "Esperando al Halley en 2061", donde la intemperie humana se mide según los ciclos orbitales del célebre cometa, y "Ceres", que distingue entre las "personas / fecundas que harán pan" / y las "personas huecas como yo, / hijos sin hijos, nombres moribundos". Uno de los núcleos más destacados de *La policía celeste* se encuentra precisamente en las composiciones dedicadas al padre, en cuya descarnada ternura subyace un Big Bang afectivo. Si 'Arte' o 'Mi hijo, el poeta' alternan la crónica hospitalaria con la confidencia doméstica, 'Café Machado' o 'Kiln' recrean dos malentendidos a modo de fe de erratas: la confusión entre el apellido del café ("manchado") y el del artífice de *Campos de Castilla* ("Machado"), o la semejanza fonética entre las palabras "horno" y "matar" en inglés. Asimismo, hay

más madera referencial en esta vía láctea, desde los estróbilos onomatopéyicos de Lady Gaga hasta los chistes metafísicos de un famoso humorista, desde los astronautas made in Gloria



Fuertes hasta los happenings aéreos de Raúl Zurita en el cielo de Nueva York. Con este libro, el mejor de los suyos, queda demostrado que un pequeño paso para Ben Clark supone un gran paso para nuestra poesía.

La policía celeste

Ben Clark
Visor, 2018
68 páginas. 12 euros



Una mujer se baña en el mar Caspio. NEWSHA TAVAKOLIAN (MAGNUM)

CRÓNICA

Mujeres sin permiso

POR LUZ GÓMEZ

Como corresponsal de este diario, la periodista Ángeles Espinosa ha entrevistado a la mayor parte de los jefes de Estado de Oriente Próximo y cubierto muchas de las guerras de la región en las últimas tres décadas. A pesar de ello, este libro, que es una antología de sus crónicas, no recoge "momentos históricos", sino su trabajo sobre las mujeres de esta parte del mundo. Es una gran idea, porque ya se sabe que los líderes de estos tiempos no tienen mucho que decir, salvo lanzar su propaganda habitual; en cuanto a los conflictos, no de otra cosa en realidad hablan las mujeres de estas páginas. Eso sí, no lo hacen con las grandes narrativas de la guerra y la paz, ni en el lenguaje de la geopolítica y las relaciones internacionales, sino desde el yo plural en que consiste ser mujer sometida a diversas formas de subordinación: patriarcal, religiosa, étnica, jurídica, poscolonial.

Ángeles Espinosa no solo sabe encontrar a las protagonistas del tiempo presente, "el tiempo de las mujeres", como titula su libro, sino que logra comunicarse con ellas y captar la esencia del mundo femenino en cada país, lo que no es fácil. En la obra se mezclan clases sociales y generaciones, los grandes nombres (como los premios Nobel Shirin Ebadi y Tawakul Kerman) con los de mujeres comunes cuya resistencia particular de raperas, campesinas, maestras, empresarias o amas de casa marca el día a día de la lucha contra la desigualdad de sus sociedades. Quizá faltan algunas voces más difíciles de comprender desde parámetros occidentales, más religiosas en lo político, por así decir, pero no por ello menos reivindicativas, como las hermanas musulmanas y otras islamistas.

Las mujeres árabes, iraníes, afganas o paquistaníes que retrata Ángeles Espinosa están llenas de contradicciones, ¡cómo no!, aunque casi siempre son fruto de la realidad traumática de sus propios países. Pueden ser el 58% de las universitarias y no llegar al 10% de las trabajadoras, como sucede en las monarquías de la península Arábiga, lugar de contrastes extremos que la autora se esfuerza en comprender. Irán, la otra cara del espejo, es la gran pasión de Espinosa, muy bien reflejada en unos testimonios llenos de optimismo y de sonoridad.

El tiempo de las mujeres. Crónicas asiáticas

Ángeles Espinosa
La Línea del Horizonte, 2018
320 páginas. 20 euros